



Semana Santa 2026

Reflexiones de los obispos colombianos sobre las últimas Siete Palabras de Cristo a la humanidad, inspiradas en el magisterio del Papa León XIV y de cara a los desafíos del país

**Reflexión primera palabra: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”
(Lucas 23,34)**

Por Mons. Hugo Alberto Torres Marín, Arzobispo de Santa Fe de Antioquia

“Jesús está en la cruz, viviendo su agonía previa a la muerte. Allí ha llegado como consecuencia de la injusta condena a muerte dictada por Pilatos, con la complicidad de Herodes, bajo las presiones de las autoridades religiosas y la presión del grito manipulado de una multitud que pide “condena a este y deja libre a Barrabás”.

Cuando Pilatos quiere salvar a Jesús porque no encuentra ninguna causa para condenarlo, vuelve la turba a decir “crucifícalo, crucifícalo”.

La condena de Jesús en su crucifixión estuvo antecedida de la mala prensa, de ese lenguaje insultante generado por sus contradictores a lo largo de todo su ministerio público, también en este momento de la cruz.

Allí los jefes y los soldados y la multitud se burlan de él, exclaman “Salvó a otros, que se salve a sí mismo, si es realmente el Mesías, el Hijo de Dios, el elegido”.

Son muchas las expresiones de un lenguaje incendiario usado por las autoridades para desprestigiar a Jesús y su proyecto de la instauración del Reino de Dios. Lo calumniaron, injuriaron; lo acusaron de impostor, de blasfemo, de glotón, de borracho, de amigo, de pecadores y publicanos; de falso profeta; de que actuaba a nombre de Belcebú; lo acusaron de engañar al pueblo, de ser mentiroso. De esta manera, las autoridades prepararon el camino hacia la muerte, porque Jesús era considerado un enemigo del templo, de la ley y del imperio romano.

Pero ante estas provocaciones, Jesús, aunque condenado injustamente, no guarda rencor, no busca desquitarse, no devuelve mal por mal, calumnia con calumnia, ni injuria con injuria. Ni siquiera aplica ese dicho popular del “ojo por ojo y diente por diente”. Todo lo contrario, desde lo alto de la cruz mira con compasión a sus

detractores, ora por ellos, da ejemplo de comportamiento ante los adversarios y ofrece un amor generoso, gratuito a los enemigos y, en consecuencia, clama al Padre Misericordioso que les perdone “porque no saben lo que hacen”.

Jesús en la cruz, nos invita a asumir el perdón como camino del amor cristiano para desarmar el lenguaje y mantener la integridad de las relaciones interpersonales y sociales. Es el camino de “*no juzguen y no serán juzgados, no condenen y Dios no los condenará, perdonen y Dios los perdonará, den y Dios les dará*” (Lucas 6:37-38)

Por este camino, los discípulos de Jesús podemos buscar, desde las más diversas posiciones, líneas de pensamiento y propuestas políticas, económicas, religiosas, las estrategias que impulsen la construcción de una sociedad reconciliada y en paz. Y todo, a partir del uso de una palabra “desarmada y desarmante”, como lo expresaba el Papa León en su mensaje al comienzo del año, el mensaje por la paz.

En nuestras sociedades, la familia, el Estado y sus instituciones, las organizaciones sociales, políticas, económicas, los medios de comunicación, muy especialmente las redes sociales, y aún las organizaciones religiosas, en ellas se está volviendo muy común, casi costumbre, casi ley, el uso de la palabra oral y escrita para calumniar, insultar, confrontar de forma grosera e imprudente al otro, al que piensa diferente, al que no es de mi grupo, de mi partido, de mi gusto, de mi condición de género o de mi ideología; sencillamente al que no me cae bien o a quien considero mi enemigo, le estoy insultando a través de un lenguaje que hay que desarmar.

En su mensaje para esta Cuaresma del 2026, el Papa León XIV nos invita a esforzarnos por aprender a medir las palabras y a cultivar la amabilidad en la familia, entre amigos, en el lugar de trabajo, en las redes sociales, en los debates políticos y públicos, en los medios de comunicación y en las comunidades cristianas. Entonces, muchas palabras de odio darán paso a palabras de esperanza, paz y perdón”.

Reflexión segunda palabra: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23, 43)

Por Mons. Luis Augusto Campos Florez, Arzobispo electo de Bucaramanga

“En la montaña, en el Gólgota, ante tres crucificados, asistimos, sucesivamente, a una recriminación, a un encuentro y a un don.

Recriminación

Dos malhechores están crucificados junto a Jesús.
Dos historias de vida que transcurrieron al margen de la justicia, en la violencia y la delincuencia, desembocan en la condena a muerte.

¿Se trata de dos historias fracasadas, sin posibilidad alguna de redención?
Parece que todo está dicho y hecho.

Uno de los malhechores se aproxima a su muerte recriminando a Jesús, desafiándolo en su misión de Mesías y de Salvador, por lo cual lo reta a que se salve él mismo y lo salve, bajando de la cruz. Este hombre morirá devorado por su injusticia y su resentimiento.

El otro malhechor responde a este insulto con una reprensión que invita al respeto a Dios, y con el reconocimiento de su propia responsabilidad en el delito y la suerte que merece por ello.

Estamos ante dos vidas desarrolladas al margen de la justicia, con el desenlace trágico del fracaso y de la condena.

Dos vidas marginales, que hacen pensar en la difícil condición de tantas personas que viven en las márgenes.

Vidas marginales porque son excluidas por actitudes discriminatorias, o por su condición de fragilidad y vulnerabilidad, o por la prepotencia de los poderosos, o por prejuicios ideológicos, o por múltiples formas de explotación y esclavitud, o por luchas asesinas por el poder.

O también, vidas al margen porque se autoexcluyen en la marginalidad de la violencia, de la delincuencia, de la injusticia, de la corrupción y la deshonestidad, con lo cual se rompen ellas mismas, se destruye la comunidad y se hace imposible alcanzar la paz, que pide la participación proactiva de todos en la construcción de relaciones respetuosas y justas, y de vínculos fraternos, a nivel interpersonal, comunitario y social.

Encuentro

Esta tensa situación final marcada por el veredicto de una condena, y en la que se unen resentimiento y necesidad de compasión, se abre a un inesperado diálogo entre un malhechor arrepentido y Jesús, también crucificado, igualmente condenado, injustamente considerado un malhechor.

“Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”: siempre será posible buscar la misericordia, en los vacíos de la existencia, incluso en las postrimerías de la vida; ninguna marginación es definitiva cuando se le confía la vida al Señor crucificado.

La actitud del malhechor arrepentido es desafiante: le confía su destino final a un crucificado, quizá más ultrajado y herido que él.

El malhechor logra vivir este acto de confianza una vez se sitúa frente a su verdad existencial: “nuestro castigo es merecido, pero este es un inocente”. El “buen ladrón”

es, ante todo, un hombre veraz: él reconoce su falta y la inocencia de Jesús. Por ello, la verdad será siempre la primera puerta para la esperanza.

Mientras un bandido recrimina a Jesús, el otro reconoce la soberanía del Señor sobre la vida y sobre la muerte, de donde brota la súplica de acogida en su memoria amorosa, para ser llevado por Jesús en este tránsito definitivo por la muerte, consecuencia de una vida marginal por ser deshonesto.

Todo parecía definitivamente dicho y cerrado para estos malhechores. Sin embargo, mientras en la vida haya espacio para la sinceridad y la confianza, ninguna condena destruirá definitivamente la vida: siempre será posible esperar algo, siempre será posible dirigir la mirada, suplicar y abrir el corazón a la verdadera fuente de la vida y de la salvación: Jesucristo crucificado.

El don de Jesucristo crucificado

A la súplica postrera del malhechor, Jesús responde con una promesa: “Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Este universo de condenas, justas o injustas, de recriminaciones burlonas y de súplicas desafiantes de salvación, de negación o reconocimiento de la propia responsabilidad, es inundado por Jesús con el don de su presencia, herida pero justa, sufriente pero consoladora, crucificada pero liberadora, que es también el don de su vida entregada, la comunicación plena de su amor, el único que puede transformar esta condición oscura y dolorosa de los condenados, con su deplorable destino de rencor y fracaso.

En la cruz, Jesús agoniza y ofrece vida; a punto de caer en el abismo de la muerte, promete el paraíso.

En la cruz, Jesús entra en la oscuridad de la muerte y anuncia la luz sin ocaso para el corazón convertido.

En la cruz, la vida maltratada de Jesús es capaz de dar nueva forma a una vida deshecha que se abre a la verdad de su vida y a la belleza del amor liberador.

En la cruz, Jesús es el buen pastor que carga sobre su espalda la oveja perdida.

En la cruz, Jesús acoge al hijo pródigo en pecados que está de regreso, y esto sucede en el momento menos pensado, “en el último momento”.

El paraíso prometido no es un lugar artificial, fabricado con fantasías, ilusiones y efectos especiales.

El paraíso es una relación de amor fiel.

El paraíso consiste en permanecer con Jesús que levanta a todos los caídos y los dignifica, los hace revivir con su perdón, ofrece las oportunidades de vida nueva que los seres humanos tantas veces nos negamos entre nosotros.

El amor crucificado de Jesús derrumba todos los mecanismos de opresión, exclusión y marginación. A la vida marginada del malhechor arrepentido, Jesús le ofrece un gesto de acogida, le asegura el don de una compañía, le promete la gracia de un destino que vida plena, libre y feliz.

El Papa León, cuando afirma que escuchar la voz del oprimido es el comienzo de una historia de liberación, nos urge en su mensaje para la cuaresma de este año: *“Comprometámonos para que nuestras comunidades se conviertan en lugares donde el grito de los que sufren encuentre acogida y la escucha genere caminos de liberación, haciéndonos más dispuestos y diligentes para contribuir a edificar la civilización del amor”*.

Reflexión tercera palabra: “Mujer, ahí tienes a tu hijo; Hijo, ahí tienes a tu Madre” (Jn 19, 26-27)

Por Mons. Omar de Jesús Mejía Giraldo, Arzobispo de Florencia

“Desde la cruz, custodiar el corazón.

“En la Sagrada Escritura, el corazón es el centro de la voluntad y la decisión”. “Se trata del “corazón – centro emocional”, que está situado en nuestro cerebro y que es responsable de la manifestación de todas nuestras emociones. Es el centro de comando que recibe, conserva, elabora, emite todas las buenas y malas impresiones emocionales” (A. Pedrini. Oración de amor, p. 13).

Pensemos por un instante en María, la Madre de Jesús, contemplemos su figura de mujer desde el instante de la anunciación. María no lo comprendió todo de una vez. Pero, desde lo profundo de su alma, escuchó la voz del ángel que le decía: *“Para Dios nada es imposible” (Lc 1,37)*. María es la *“llena de gracia” (Lc 1,28)*. Bajo estas condiciones: la gracia, la fe y la obediencia, María asume la historia de Salvación, guardándolo todo en su corazón y dejando que Dios mismo sea el guía y Señor de su historia y la de los suyos.

Durante el ministerio público de Jesús, la imagen de María como su Madre, aparece poco, sin embargo, estamos seguros que jugó un papel importante en la vida de su hijo Jesús, también durante este período.

Ahora, en el instante de la cruz, cuando su hijo ha sido condenado a morir bajo el más atroz abandono, ella (la Madre) está allí, al pie de la cruz, custodiando el corazón de su hijo y su propio corazón. Junto a esta mujer (María, la Madre de Jesús), está el discípulo amado, también custodiando el corazón del amigo, del confidente, en quien, en la última cena había recostado su cabeza en su costado.

Al pie de la cruz, contemplamos tres corazones que se custodian mutuamente, el corazón de Jesús, el redentor y salvador, quien sufre en carne propia el peso del pecado de la humanidad; el corazón de aquel, quien, siendo rico, se hizo pobre, para mostrarnos el camino de la redención, el camino de la humildad y la obediencia a la voluntad del Padre. El corazón de la Madre, quien, desde la infancia de su hijo, había aprendido a guardarlo todo en su corazón. Y, el corazón del discípulo amado, quien lo había dejado todo, para, con todo su corazón, entregarse por completo a la misión de ser pescador de hombres.

Como colombianos tenemos la tragedia de estar viviendo momentos sumamente conflictivos para nuestra amada patria. A la luz de esta palabra de Jesús en la cruz, convocamos a todos los colombianos de fe y a todas las personas de buena voluntad a disponer nuestros corazones con humildad y obediencia a la voluntad de Dios Padre y dejarnos transformar desde dentro.

Custodiar el corazón implica custodiar el pensamiento, para que nuestras palabras sean sanas y nuestras acciones estén acordes a nuestra manera de pensar y hablar. Custodiar el corazón implica, por lo tanto, luchar por unas relaciones justas, sanas y honestas en nuestras estructuras sociales y religiosas, es decir, en: nuestras comunidades, parroquias, instituciones y demás órganos sociales que nos ayudan a mantener cohesionada una sociedad.

No perdamos de vista aquella invitación que desde el miércoles de ceniza nos hacia la Palabra de Dios a través del profeta Joel, escuchemos: *“Rasguen sus corazones y no sus vestiduras”*. (cf Joel 2,12-13).

Desde la cruz, como lo había hecho durante su ministerio público, Jesús, el Señor, una vez más, rasga su corazón y desde dentro, desde lo más profundo de su ser, nos entrega a su Madre, para que, al discípulo amado, lo haga su hijo y desde él sea la Madre de la Iglesia, sea nuestra Madre.

Por un momento, percibamos la manera de vivir este instante de sufrimiento, cada uno de los tres: Jesús, el Señor, María, el discípulo amado. Cada uno vivía su propio dolor en la intimidad de su ser mas profundo. Las palabras de Jesús, pronunciadas desde la cruz y en un instante tan vital, se convierten en palabras de esperanza y salvación, en palabras de unidad, fraternidad y reconciliación.

María, como mujer y Madre, nos da un ejemplo de cercanía a quien está sufriendo el dolor de la cruz. De igual manera, la cercanía del discípulo amado junto a su Maestro y a la Madre del Maestro, nos demuestra un camino pedagógico loable y aplicable en nuestra querida Colombia, la que tanto ha sufrido. Aprendamos de los tres, lo que, como hermanos colombianos, debemos hacer para reconstruir nuestras relaciones.

Aprendamos de Jesús, el Señor, de María, nuestra Madre y del discípulo amado, la manera de custodiar el corazón, para que como colombianos apreciemos el valor

de cada persona, de cada institución, de cada región y, custodiando el corazón de la fe y la fraternidad, crezcamos en unidad, equidad y justicia social.

Podemos percibir, pensar y sentir desde la diferencia, pero unidos, tenemos que construir un país donde se nos permita *“ser lo que cada persona es”*, y, unidos aportar en la construcción de un camino común, donde los consensos nos permitan mirarnos a los ojos con serenidad y rectitud de intención. Para esto, necesitamos mantener limpio el corazón.

No se nos olvide la siguiente bienaventuranza, fundamental en este instante vital para mantener la buena relación con Dios y desde Dios la buena relación con los hermanos, escuchemos: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,8)*

Una invitación final: hermanos, como miembros de una familia, como hermanos en la fe, como compatriotas y hermanos de patria, por favor, rasguemos nuestro corazón y dejemos que Jesús, el Señor, nos muestre el camino a la reconciliación, esta reconciliación que tanto necesitamos los colombianos.

Es tiempo de reconstruir el tejido social entre todos los hermanos de esta querida nación. La Iglesia como Madre que acoge la Palabra de Dios como guía y orientadora, en este día santo, nos invita a custodiar el corazón, a mantenerlo limpio y honesto y hacer que nuestras relaciones estén fortalecidas por el amor y no por el odio”.

Reflexión cuarta palabra: *“Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46)*

Por Mons. Alfonso García López, Vicario Apostólico de Guapi

“Ante la multitud expectante que ha empezado a escuchar de labios de Jesús: Padre perdónalos porque no saben lo que hacen, hoy estarás conmigo en el paraíso, Mujer ahí tienes a tu Hijo, Hijo ahí tienes a tu Madre y de los cuales, de esa multitud, algunos con su rostro bañado de lágrimas por el sufrimiento del justo, otros tantos gritando y burlándose con desprecio como si fueran alcanzado sus logros y con tono amenazante: “si eres el Hijo de Dios baja de la cruz”. Otro con esperanza en medio del oscuro ambiente en que se encontraba decía “acuérdate de mí cuando estés en tu Reino”, los soldados se reían de él las palabras resonaban, pero Jesús permanecía en silencio pendiendo desde la cruz.

El cielo se oscureció las manos de Jesús estaban clavadas, significando así el querer abrazarnos con su infinito amor. Su carne perforada por los clavos, hacían que gotas de sangre cayeran humedeciendo al árido y endurecido suelo polvoriento que soportaba la cruz.

Así era el ambiente tormentoso del Gólgota en el que Jesús pronuncia esta cuarta palabra que se eternizará para siempre en la memoria de la humanidad por los siglos de los siglos y que en ese mismo instante traspasara el oído de los soldados que lo custodiaban: “—¡Elí, Elí! ¿lama sabactaní? Que quiere decir: ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46)” Palabra esta, que a unos hace decir: Está llamando a Elías o a otro a buscar afanoso una esponja empapada de vinagre que para asida a su caña alcanzarla hasta los labios ensangrentados de la boca de Jesús y mitigar su angustioso dolor y a otro que, soportado sobre su incredulidad, pero interpelado por lo que presenciaba seguramente a preguntarse ¿Qué clase de ser humano es este que clama a Dios mientras agoniza su existencia?

Pero en realidad estas palabras de Jesús no eran un grito de duda ni de desesperación sino una formidable cita deliberada del melodioso salmo 21 que en otrora cantara quien había experimentado tal realidad, mostrando incluso que aún en los momentos más oscuros de la existencia, en los momentos más injustos de la vida hay que aferrarse a Dios, hay que aferrarse al Abba es decir al Padre que inmortalizado está en las escrituras santas y en este universo maravilloso que nos acoge con amor.

“Jesús sabe que ahora sus labios son los del hombre de siempre, los de la humanidad que aún sufriendo la injusticia sigue mirando hacia el cielo con esperanza, porque sabe que, desde el misterio insondable del amor de Dios, Dios derramará sobre el mundo la consoladora luz de su misericordia”.

Ahora bien, hoy la injusticia se ondea sin piedad y sin freno por los caminos de nuestra existencia como en aquel preciso momento y como en el que vivimos en la actualidad de nuestros territorios, en los que no hay tiempo para la escucha de nuestro sufrimiento, porque se ahoga nuestra voz en los ruidos del placer y de la corrupción que sin control pasean por las calles de nuestros pueblos, en los que no se presta la debida atención a nuestra vida, nuestro progreso y desarrollo, en el que abandonados a nuestra propia suerte apenas sobrevivimos en la precariedad de una salud que agoniza con los agonizantes, en la escases de una empleabilidad que garantice un salario digno; en la triste realidad de unos pueblos que como Cristo sufriendo en la cruz, están condenados a sufrir las zozobras de la cruz de la violencia y la amenaza de los alzados en armas.

Por eso hoy levantamos como Jesús nuestra voz para que como nos lo indica el santo Padre el Papa León en este tiempo en su reciente mensaje para la cuaresma que apenas despedimos hacer: Reconocer el grito del nuestro sufrimiento, ser hoy una voz que atormentada por la injusticia clama justicia, pues *“Entre las muchas voces que atraviesan nuestra vida personal y social, las Sagradas Escrituras presencia de Dios entre nosotros nos hacen capaces de reconocer la voz que clama desde el sufrimiento y la injusticia, para que no quede sin respuesta”*.

Estamos seguros que “entrar en esta disposición interior de receptividad significa dejarnos instruir hoy por Dios para escuchar como Él, hasta reconocer que ‘la condición de los pobres representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia’”.

Este es también hoy el grito que queremos unir a la voz de Cristo desde las regiones periféricas de Colombia nuestro lindo país y especialmente del pacífico, por ejemplo, aquellas mismas regiones que con otros actores hoy en los escenarios del paisaje verde azul que conforman las montañas, selvas y aguas del océano y los ríos de nuestros territorios son devastadas por las máquinas destructoras frente a testigos silenciosos de sus propias desgracias. Es la voz profética de un pueblo que han silenciado pero que interpela a los actores y sistemas políticos que olvidan el clamor de la tierra y de los pobres.

Es la voz de un pueblo que quiere nuevamente la luz acaricie su existencia, que quiere ver sus necesidades básicas realizadas, que quiere abrir nuevamente las puertas no solo de sus casas sino también de su corazón, que quiere andar sin temores por los pueblos y que quiere vivir dignamente como Dios lo ha creado.

Oh Jesús alienta nuestros corazones a la justicia para recobrar nuevamente la vida. Oh bienaventurada virgen María madre de Jesús crucificado y Madre nuestra que al pie de la cruz escuchaste el clamor de tu hijo Jesús recibe también nuestro grito y ayúdanos con tus ruegos a superar este abandono. Amén”.

Reflexión quinta palabra: “Tengo sed” (Jn 19, 28)

Por Mons. José Mario Bacci Trespalacios, Obispo de Santa Marta

“Queridos hermanos y hermanas:

En el momento culminante de la entrega del Señor, cuando -para él- todo parece consumarse, el Evangelio de san Juan nos presenta una de las palabras más humanas y, al mismo tiempo, más profundas de Jesús en la cruz: “*Tengo sed*”.

A primera vista, parece una expresión lógica, dadas las condiciones crueles que le habían impuesto sus verdugos. Jesús, después de horas de sufrimiento, tiene sed. Su cuerpo, desgastado por el dolor, reclama agua. Pero una lectura simbólica de este pedido del Señor nos abre a un significado más profundo. No se trata solamente de la sed del cuerpo, sino de un misterio más profundo: el misterio de la sed del corazón de Dios.

Jesús -Dios con nosotros- tiene sed de la humanidad. Tiene sed de nuestra fe, de nuestra conversión, de nuestra justicia, de nuestra capacidad de amar.

Para nuestro crecimiento espiritual, desde los primeros siglos, la Iglesia ha propuesto el ayuno como una práctica concreta que dispone el corazón para acoger la Palabra de Dios. El Papa León XIV nos ha recordado recientemente que la abstinencia de alimento es un ejercicio ascético antiquísimo e insustituible en el camino de la conversión.

¿Por qué ayunar? Porque el ayuno toca el cuerpo, y al tocar el cuerpo revela el corazón. Nos permite descubrir de qué tenemos realmente hambre. Y de este descubrimiento depende la verdad de nuestra existencia y la realización en nuestra vida del proyecto de Dios.

A veces, por búsquedas egoístas o por prejuicios ideológicos, aparece en nuestro corazón el hambre de éxito, de poder, de reconocimiento, de bienestar inmediato. Pero el ayuno nos ayuda a discernir. Nos enseña que no todo deseo conduce a la vida y que no todos los apetitos construyen el bien. El ayuno, por tanto, sirve para ordenar los apetitos del corazón humano.

En la vida personal y también en la vida social, el ser humano experimenta todo tipo de sed: sed de poder, sed de tener, sed de placer, sed de reconocimiento. Cuando estos tipos de sed no se ordenan, terminan generando injusticia, corrupción, indiferencia frente al sufrimiento de los demás.

Por eso, el ayuno no es sólo una práctica religiosa. Es una escuela de libertad interior. Nos ayuda a mantener despierta la verdadera hambre y la verdadera sed: el hambre y la sed de justicia, de bien, de sentido de la vida, de una existencia plena en el servicio y la solidaridad con los demás.

Jesús mismo proclamó en el Evangelio: *“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”*. Pero hermanos, esta palabra de Cristo adquiere hoy una resonancia muy concreta en nuestro país.

Colombia vive también una sed profunda. Una sed de ética en sus habitantes, instituciones y gobernantes. Una sed de transparencia. Una sed de verdad. Una sed de justicia que muchas veces parece insatisfecha.

Nuestro pueblo sufre cuando ve que el poder se usa para intereses particulares y no para el bien común. Nuestro pueblo se cansa cuando la corrupción roba recursos que deberían servir para los pobres, para la educación, para la salud, para el desarrollo de las regiones.

Hay una sed profunda de una sociedad más justa. Y frente a esa sed colectiva, la palabra de Jesús desde la cruz vuelve a interpelarnos: *“Tengo sed”*. Cristo tiene sed

de que despertemos. Tiene sed de que nuestro corazón no se acostumbre a la resignación. Tiene sed de que no aceptemos la injusticia como algo normal.

El gran peligro de las sociedades heridas por la corrupción no es solamente la corrupción misma, sino la resignación, cuando el mal se vuelve cotidiano y dejamos de indignarnos ante él. Esto nos impone una urgente tarea: aprender a educar el deseo para que se convierta en responsabilidad. No basta reconocer que tenemos hambre y sed de justicia. Es necesario transformar ese deseo en compromiso.

Esta meditación sobre las palabras finales del Señor en la cruz nos invita a dar ese paso. El ayuno nos recuerda que la conversión no es solo interior; tiene consecuencias en nuestra relación con los demás. Si aprendemos a dominar nuestros apetitos personales, podremos construir una sociedad más justa.

Cuando una persona aprende a ordenar su deseo de poder, deja de buscarlo para servirse de él y comienza a usarlo para servir. Cuando aprende a ordenar su deseo de tener, deja de acumular sin medida y empieza a compartir. Cuando aprende a ordenar su búsqueda de placer, descubre el valor del sacrificio por el bien del otro.

Así, lo que empieza como un ejercicio espiritual termina convirtiéndose en una responsabilidad social. Jesús en la cruz nos revela que el amor verdadero es un amor que se entrega hasta el final. Y desde esa cruz Él sigue teniendo sed. Sed de nuestra fe. Sed de nuestra conversión. Sed de nuestra justicia. Sed de hombres y mujeres que, en medio de la vida pública y privada, decidan vivir con integridad.

Hoy más que nunca, nuestra nación necesita cristianos que comprendan que la fe no es solo un sentimiento religioso, sino una forma concreta de vivir con rectitud, con transparencia y con responsabilidad hacia el prójimo.

Cada vez que renunciamos a un interés egoísta por el bien común;

Cada vez que defendemos la verdad;

Cada vez que luchamos por la justicia y la dignidad de los más pobres, calmamos la sed del Señor.

Queridos hermanos y hermanas:

Que esta palabra de Jesús, *"Tengo sed"*, no pase hoy de largo por nuestro corazón. Que nos ayude a redescubrir la verdadera sed que habita en lo profundo de nuestro ser, en lo profundo de cada ser humano.

Y que esta Meditación de Viernes Santo nos enseñe a ordenar nuestros deseos, para que el hambre y la sed de justicia no se apaguen nunca, sino que se conviertan en oración, en compromiso y en responsabilidad por el bien de cada uno de nosotros

y de nuestras familias, por el bien de cada colombiano y por el futuro de nuestra nación.”

Reflexión sexta palabra: “*Todo está consumado*” (Jn. 19-30)

Por Mons. Edgar Aristizábal Quintero, Obispo de Duitama-Sogamoso

“Tres condenados a muerte están allí en el Calvario: Jesús junto a los dos malhechores. Está cercana la muerte, Jesús lo sabe, está a punto de culminar su vida, misión y agonía. Por eso, pronuncia una nueva palabra: “*Todo está consumado*”. Esta sexta palabra manifiesta la conciencia de haber cumplido la obra para la cual había sido enviado. Ya en Getsemaní, Jesús oraba así: “*Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad*” (Mt. 26,42). En obediencia, Jesús realiza la voluntad de Dios Padre que lleva hasta la muerte en la cruz; no es su proyecto de vida, sino la misión de realizar la obra de salvación encomendada por su Padre.

Ya desde el comienzo de la creación recordamos cómo en el séptimo día, Dios culminó toda su obra y vio que todo era muy bueno. Quiso Dios hacer alianza con el pueblo elegido, el Pueblo de Israel; sin embargo, esta antigua alianza se vio quebrantada por el pecado. Surge, entonces, la voz de los patriarcas, de los jueces, de los profetas que pedían fidelidad a este pacto y preparaban la venida del Salvador. Ahora, con la presencia de Cristo y su sacrificio esta obra llega a su plenitud.

Desde lo alto de la cruz, Jesús ve realizada la obra del Padre: Anunció la buena nueva a los pobres, dio la vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos, ofreció el perdón a los pecadores arrepentidos, dio pan a los hambrientos, limpió a los leprosos y les trató con dignidad, a los pobres los colmó de bienes, llevó a plenitud el mandamiento del amor y de entre sus discípulos, eligió a los Doce para que, en su nombre continuaran esta misión salvadora.

“*Todo está consumado*”: podríamos afirmar, sin temor, que la misión de Jesús queda cumplida. Con fidelidad, nos ha enseñado el amor y la misericordia de Dios Padre y nos ha animado a ser obedientes a su palabra. El Papa León XIV, en el mensaje para la Cuaresma, nos hace una invitación concreta para ser dóciles a la voluntad del Padre, alimentándonos continuamente con la Palabra de Dios, lo cual exige permanecer arraigados en la comunión con el Señor, porque ‘*no ayuna de verdad quien no sabe alimentarse con la Palabra de Dios*’.

Es esa Buena Nueva la que tiene que animar cada día nuestro caminar en la fe: de parte de Jesús todo está cumplido, pero de parte nuestra, ¿ya la misión llegó a su plenitud? Tenemos que reconocer que falta mucho para que también cada uno de nosotros pueda decir: “*todo está consumado*”. En el mundo enfrentamos graves problemas sociales: la violencia en el Medio Oriente, como en otros lugares del

mundo, también en nuestra nación colombiana e incluso en los hogares, por nombrar algunas; el afán de riqueza y poder que se manifiestan una y otra vez con la inequidad entre hermanos, el rico cada vez más rico y el pobre cada vez más pobre; los hermanos que sufren el abandono y la falta de caridad; el olvido a los ancianos y su historia; el rechazo a los pobres que transitan en nuestras calles sin un asomo de caridad de parte de sus hermanos; la división familiar, la pérdida de roles y el vacío afectivo que crece cada día más.

“No ayuna de verdad quien no sabe alimentarse de la Palabra de Dios”, enseña el Papa León. Por ello, como discípulos de Jesús y animados por esta Palabra, no podemos seguir indiferentes ante estos males. Nuestra conciencia se va tranquilizando, mientras buscamos culpar siempre a los demás por nuestras equivocaciones y omisiones. No podemos permanecer pasivos esperando que sean los otros quienes solucionen tantos problemas sociales, sin mover nuestros corazones a la misión de acercarnos y luchar también por el bienestar del otro.

La palabra de Dios, una vez más, se hace viva en el testimonio de Jesús como enseña el apóstol Pedro en el cántico: *“Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca... cargado con nuestros pecados subió al leño, para que, muertos al pecado, vivíamos para la justicia. Sus heridas nos han curado”* (1Pe 2, 21b-24).

Este es tiempo propicio para solidarizarnos y buscar la conversión, asistidos por el *Ruah* (el Espíritu) que anima y alienta a mover nuestras acciones en el amor a Dios y al prójimo, viviendo nuestra misión, sabiendo que la paz no es una promesa vacía sino un compromiso vivo y real con Cristo, instrumento de paz, que nos invita a una acción tangible con el hermano desde la justicia social, que al realizarse nos permite sentir y decir con total certeza junto a Jesús: *“Todo está cumplido”*.

Reflexión séptima palabra: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”* (Lucas 23,46)

Por Mons. Nelson Jair Cardona Ramírez, Obispo de Pereira

“Dios, en la Persona de su Hijo decidió hacer experiencia de la existencia humana desde dentro para, desde allí, restaurarla y sanarla y por eso tuvo que poner un acento especial y decisivo en el dolor y en el final de la vida del hombre. Es que, ese hombre herido por el pecado quedaba, antes de la pasión de Cristo, perdido en la muerte, sin encontrar en ese abismo a su Dios y sin poder salir de él por sus propias fuerzas. Cristo eligió vivir todo esto, y si bien Él no cometió pecado, si fue hecho pecado para nuestra redención.

Los Evangelios y otros textos del Nuevo Testamento dejan noticias bastante descriptivas del combate agónico de Jesús en Getsemaní y en el Gólgota, sin disimular para nada su miedo. Frente a la angustia de una muerte inminente y

terrorífica, reza, suplica, grita, llora. Estas memorias quieren dejar en claro la dureza de una lucha interior a la que Jesús hace frente, pero nos dice también que en el Huerto de Getsemaní fue divinizada toda angustia humana en el adorable corazón del Señor y que también el miedo fue redimido durante los terrores del viernes santo, miedo resuelto por Cristo, no pretendiendo una supresión ingenua, sino arrojándose al abismo del dolor confiado solamente en la voluntad del Padre.

Con sus palabras: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu”, después de las cuales Jesús expiró, terminó el tormento de la cruz, pero no todavía la pasión, pues con su muerte Jesús experimenta la tiniebla y el abismo para hacerse solidario con los muertos. Jesús, el Hijo de Dios hace esa experiencia tenebrosa y solitaria despojado de su omnipotencia, no lo hace con batallas épicas ni acciones triunfales, sino solidario con ese vacío en el que sólo Él es esperanza.

Se sumerge en esa experiencia asumiendo lo humano hasta el final y por eso, después de expirar entra en una pasividad absoluta, en un puro dejar acontecer. No guiará nada, no pronunciará nada. Con esta última palabra, Cristo le ha entregado a Dios Padre toda disposición sobre sí mismo. Desde este momento el Hijo es pura apertura para acoger lo que el Padre ha pensado para Él, desde este momento el Hijo solo es confianza radical en las manos del Padre.

Nuestra sociedad tan llena de incertidumbres y violencias vive también, salvadas las diferencias, su Getsemaní y su Gólgota: al debilitamiento de todo lo que parecía firme, a la amenaza del colapso de la tierra, a la posibilidad de amanecer un día con la noticia de que fuimos reemplazados en nuestro empleo por tecnologías que nos superan, siguen una serie de conflictos regionales y nacionales que presagian escenarios cada vez más difíciles y agresivos. Más de un centenar de conflictos armados, entre guerras internacionales, conflictos internos y luchas entre bandas, mantienen hoy a muchos países, también el nuestro, bajo el signo de la violencia.

Nuestra tierra, en particular, avanza continuamente en medio de sueños truncados de paz, de pactos rotos, de proyectos inconclusos y propuestas ambiguas que han generado un horizonte emocional de temor, vivido en un trasfondo silencioso que condiciona las relaciones sociales, la percepción del futuro y la experiencia misma de la esperanza. Es que la incertidumbre es el terreno donde germina el miedo: miedo ante la amenaza próxima y angustia ante la amenaza difusa. Miedo que nace de la incertidumbre y que sosteniéndose sin resolverse la intensifica y la prolonga.

Pero, en Colombia, multitud de sus habitantes nos declaramos cristianos, en su mayoría católicos y no podemos olvidar que un rasgo de los creyentes en Cristo es que, como Él, somos esperantes por definición y nuestro rasgo específico es “*esperar contra toda esperanza*” (Rm 4, 18). Se nos impone entonces, llevar a cabo el sagrado deber de renovar nuestra propia dotación de esperanza; ser una fuente expendedora de confianza, comprometiéndonos en proyectos que generen futuro e irradiando la gozosa certeza de una salvación definitiva que está más allá de la materia. “*Comprometámonos* (nos dice el Papa León XIV), *para que nuestras comunidades se conviertan en lugares donde el grito de los que sufren encuentre*

acogida y la escucha genere caminos de liberación, haciéndonos más dispuestos y diligentes para contribuir a edificar la civilización del amor”.

El miedo no es para nosotros la opción, pues cuando este supera la esperanza nos volvemos simples espectadores de la historia o, peor aún, cuando el miedo anula la esperanza, aflora el fatalismo que claudica ante las posibilidades del porvenir. En cambio, cuando la esperanza es superior al miedo, el mundo y la sociedad se presentan como un campo abierto de posibilidades que pueden gestionarse y hacer todo para hacerlas germinar.

Como colombianos no podemos claudicar en la búsqueda de la paz ni por fatalismo ni por miedo. No podemos negar que las dificultades son reales y los retrocesos también, pero renunciar a la esperanza sería conceder la victoria a la lógica de la violencia. Esta búsqueda incansable de paz es una tarea histórica que necesita perseverancia, paciencia y una profunda confianza del tamaño de la de Cristo que sabe que el bien puede abrirse camino incluso en medio de las sombras.

En la cruz, cuando todo parecía terminado, Cristo pronunció su última palabra de confianza. Aquella entrega silenciosa de un Dios-hombre que ante los ojos de los espectadores parecía derrotado y fracasado, abrió el camino de la resurrección. También hoy, en medio de las incertidumbres del mundo y de las fragilidades de nuestra historia, los cristianos estamos llamados a repetir esa misma oración: «Padre, en tus manos». Allí comienza la verdadera esperanza, la esperanza que no niega ni la violencia, ni el miedo, pero que se niega a dejar que estos tengan la última palabra.”